

Raskolnikof, ¿una excepción?

Myriam Ríos Madrid*

* Profesora de la Fundación Universitaria Luis Amigó. Licenciada en filosofía e historia de Unaula. Psicóloga de la Universidad de Antioquia. Especialista en ética. Fundación Universitaria Luis Amigó. Especialista en docencia de las ciencias sociales, FUNLAM.

RESUMEN:

El presente artículo intenta una aproximación al personaje central de *Crimen y Castigo*, Raskolnikof, a partir del texto Freudiano "Las excepciones". En dicho texto, Freud describe un tipo particular de sujetos a quienes les resulta bastante difícil el acatamiento de los imperativos de la realidad, siendo poco dados a la renuncia, al aplazamiento de sus satisfacciones y a la aceptación del sufrimiento. El personaje de Dostoievski parece inscribirse en esta línea, mostrando a lo largo del texto, en las múltiples situaciones que le toca vivir, que se considera realmente una "excepción", el ensayo pretende recrear tales situaciones, lo mismo que la posición del protagonista.

PALABRAS CLAVE:

Raskolnikof, Freud, *Crimen y Castigo*, Las Excepciones, Análisis Literario, Dostoievski.

El abordaje de una obra como *Crimen y Castigo*, no es empresa fácil, no sólo por su volumen, sino por lo complejo de su personaje central, Raskolnikof, quien no parece mostrarse nunca tal como es, quien va dando a lo largo del texto pequeños adelantos sobre sí. Raskolnikof es un personaje frente al que siempre tendremos la duda sobre lo que hará en el próximo capítulo; un personaje esquivo al análisis, al encasillamiento; no es, definitivamente, un criminal cualquiera, un hombre común.

Aunque es tarea difícil, y con temor a rodar por los desfiladeros de la especulación febril, me aventuraré en la labor de vislumbrar algo más allá de lo que Dostoievski nos presenta sobre este estudiante de derecho, locamente amado por las mujeres, quien comete un crimen atroz, pero no logra disfrutar del botín conseguido.

El trabajo se apoyará fundamentalmente en un texto freudiano de 1916, titulado "Las excepciones", que junto con otros dos, se agruparon bajo el título general de: "Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico", en los que Freud presenta varios "rasgos de carácter" que ha logrado aislar a partir de su práctica clínica. El hecho de provenir tal conocimien-

to de la labor terapéutica, no lo circunscribe a la patología; al contrario, Freud señala que en aquellos sujetos llamados normales y en múltiples personajes literarios, pueden encontrarse dichos rasgos, con sus características particulares. Una vez más el abismo entre lo normal, lo patológico y lo literario se estrecha, dejando entrever que no están tan alejados, que hay algo común que los cruza.

En su texto, Freud describe un tipo especial de sujetos a quienes les resulta particularmente difícil someterse a los imperativos del principio de la realidad. Tales sujetos no conocen la renuncia, el aplazamiento de sus satisfacciones, y mucho menos, el sufrimiento, así éste sea temporal. No renuncian a la satisfacción de sus deseos, ni aún en el caso en que a ello se siga un perjuicio mayor. Su posición está argumentada desde su particular percepción: "Dicen que han sufrido y se han privado bastante, que tienen derecho a que se les excuse de ulteriores requerimientos, y que no se someten más a ninguna necesidad desagradable, pues ellos son *excepciones* y piensan seguir siéndolo"¹.

Freud señala la existencia de un "fundamento" en el que apoya el carácter de excepcionalidad para sí mismos que alegan dichos sujetos: "...en los casos indagados por mí se logró revelar una peculiaridad común a esos pacientes en sus más tempranos destinos de vida: su *neurosis* se anudaba a una vivencia o a un sufrimiento que los había afectado en su primera infancia, de los que se sabían inocentes y pudieron estimar como un injusto perjuicio inferido a su persona. Los privilegios que ellos se arrogaron por esta injusticia, y la rebeldía que de ahí resultó, habían contribuido no poco a agudizar los conflictos que más tarde llevaron al estallido de la *neurosis*"².

Como en otras ocasiones, no le fue difícil a Freud, admirador incondicional de los poetas,

1. Freud, Sigmund. *Las excepciones*. Buenos Aires: Amorrortu, 1975, p. 320.

2. *Ibid.*, p. 320.

ilustrar este caso con personajes y situaciones tomados de la literatura; Ricardo III de Shakespeare es, para el momento, la figura adecuada, figura velada en principio, pero cuyas intenciones y rasgos de carácter se encargará Freud de poner sobre el tapete. Ricardo es una "excepción", quiere destruir, dedicarse a una vida sin límites. El fundamento de su "excepcionalidad", se encuentra en su desagradable aspecto físico, en haber sido poco favorecido por la naturaleza en términos corporales, no siéndole posible, por esta vía de la apariencia, suscitar fácilmente la pasión amorosa.

Para Freud, la posición de Ricardo es susceptible de ser asumida por cualquiera de nosotros, mortales insatisfechos, dispuestos en todo momento a reclamar, a exigir más: "creemos tener pleno fundamento para poner mala cara a la naturaleza y al destino a causa de daños congénitos y sufridos en la infancia; exigimos total resarcimiento por tempranas afrentas a nuestro narcisismo, a nuestro amor propio"³.

Ahora bien, es necesario tener en cuenta, Freud lo señala, que el poeta no plantea el asunto de manera escueta, abierta; simplemente "insinúa", ya que la presentación descarnada del personaje y sus profundas intenciones, podrían generar rechazo en el lector, podrían impedir el surgimiento de esa "simpatía" hacia el protagonista, necesaria para el éxito de la actividad lectora. El poeta pues, sólo esboza, da pinceladas, correspondiéndonos a nosotros, lectores, realizar la construcción que complete aquello insinuado. Un gran poeta no lo dice todo, no lo presenta todo, al contrario, deja un amplio margen para que el lector, tocado por la identificación con el héroe, acabe de desenvolver el enrollado hilo de la trama propuesta, para que vea más allá de lo puesto en escena.

Tenemos así esbozados los planteamientos centrales del texto freudiano, vamos ahora a tra-

tar de hacer nuestros propios planteamientos, en la misma dirección, pero con un personaje diferente. La literatura, como es sabido, fue reconocida por Freud como gran maestra para el psicoanálisis; los poetas, mucho antes que los psicoanalistas y los psicólogos, emitieron sus teorías y construcciones sobre la psiquis humana, llevan siglos retratando y describiendo de manera magistral, personalidades, rasgos de carácter, patologías y otros asuntos humanos, ante lo cual, al científico no le cabe sino el asombro al ver expresado de manera artística y bella aquello que en su práctica diaria puede parecer grotesco, prosaico.

Nuestra hipótesis básica se orientará a señalar que Raskolnikof se presenta como una "excepción", asume la posición de un ser excepcional, y que el fundamento de tal condición se encuentra en la pobreza, en, como diríamos hoy, carecer de un status social.

Podríamos afirmar que la pobreza es un elemento que cruza toda la obra, impregnándola con su vaho putrefacto, tocando no sólo al protagonista, sino a muchos otros personajes: pobreza de Raskolnikof, de su madre y de su hermana, de Razumikin, de Sonia, de Catalina e hijas; pobreza en las miserables pensiones descritas, en las calles, en los bares, en fin, la pobreza con su don de ubicuidad que no desampara a nuestro protagonista.

Desde la primera página del libro se hace mención a la pobreza, cuando se nos dice respecto al protagonista: "...la pobreza le aniquilaba; aunque, por otra parte, había llegado a ser insensible a ella"⁴.

La última oración de la cita suena bastante extraña ya que a partir de esta página, la obra fluye a través del sentir de un personaje frente a la pobreza, no sólo propia, sino ajena. Puede verse a lo largo del texto, la indignación de Raskolnikof

4. Dostoievski, Fedor. *Crimen y Castigo*. Buenos Aires: Ed. Jackson, 1945, p. 1.

3. *Ibid.*, p. 322.

frente a la pobreza en todas sus manifestaciones. Si hay algo que no soporta, esto parece ser la pobreza; incluso, siendo él en extremo pobre, en varias ocasiones da lo poco que tiene a otros más pobres que él. Raskolnikof no es en ningún momento insensible a la pobreza, al contrario, la pobreza parece perseguirlo, asoma en cada uno de los seres que conoce, de los lugares que habita o visita, hecho que moviliza todo su ser, que lo pone en tal situación.

Así, la pobreza llega a ser el móvil que según él, empuja a su hermana al matrimonio con un hombre adinerado. Todo el tiempo considera Raskolnikof que su hermana va a sacrificarse por él, que la idea de salir de la miseria para brindarle a él y su madre un mejor modo de vida, la lleva a venderse e inmolarse en una unión en la que no hay amor. Rodión se rebela contra esta posibilidad, no permitirá que su hermana cometa tal acción, hecho que la igualaría a Sonia, joven prostituta que se vende para ayudar a su familia. Él sería capaz de matar para evitar que su hermana cometa tal sacrificio, crimen que en efecto realiza.

Ahora bien, no puede pasar inadvertido el odio extremo que suscita en Raskolnikof, Lugin, posible marido de Dunia, su hermana. Desde antes de conocerlo, Rodión siente por este futuro cuñado algo más que un rechazo corriente; luego, cuando tiene oportunidad de tratarlo, el odio alcanza niveles superiores. Este desconocido es, lo que podría llamarse, el antípoda de Raskolnikof, es decir, un hombre de buena posición, adinerado y atractivo, aunque no tan joven. Nada podría chocarle más a Rodión, que emparentar con un ser así, un ser que posee aquello de lo que él precisamente carece. Por eso, no es extraño que sutilmente nuestro héroe facilite la relación de su hermana con su mejor amigo, Razumikin, y que de manera expresa, le encomiende a su camarada las dos mujeres que más ama. Incluso, nos atreveríamos a formular que Rodión va tranquilo a Siberia a purgar su falta no reconocida, porque sabe que su hermana y su madre quedan bajo la tutela de este amigo incondicional. En

ningún momento parece haber estado dispuesto a entregar a su hermana a un hombre de condición económica superior a la suya, esto sería, a todas luces, una afrenta insoportable a su narcisismo.

En esta misma dirección, es claro que en varias partes del texto se hace referencia a la pobreza de Rodión y de su familia y en varias ocasiones también, Raskolnikof se presenta colocando por delante la pobreza. Así, en la comisaría, cuando es llamado a responder por la deuda que tiene con la dueña de la pensión, dice: “Usted perdone, capitán —comenzó, en el tono más humilde, dirigiéndose a Nikodim Fomitch—, pero póngase en mi lugar... estoy dispuesto a excusarme, si en algo le ofendí. Soy un estudiante enfermo, pobre, castigado por la miseria. Abandoné la universidad porque carezco de recursos...”⁵.

Así mismo, podríamos decir que en la figura de Raskolnikof convergen los opuestos; por un lado, es poseedor de un aspecto corporal que a simple vista lo ubica en un rango social alto, y, por otro, es terriblemente pobre. Su apariencia física de burgués, no se compadece con sus exhaustos bolsillos. Quienes acaban de conocerle, suelen tomarlo por adinerado, por caballero de buenos modales y cultura.

Es un hecho que nuestro héroe no se conforma con esto, quiere más, lo quiere todo, no está conforme con eso que parece ser un error de la naturaleza: un perfil de noble, acompañado de un vacío de fortuna. Aquí tenemos el punto fundamental ya señalado en la cita freudiana, Raskolnikof no quiere ser pobre, se ha rebelado siempre contra ese exabrupto, contra esa injusticia cometida a su persona, decide que tiene derecho a actuar como quiera, buscando la compensación por lo no poseído.

Ante el escepticismo que puede suscitar tal hipótesis, bien podríamos señalar que no deja de

5. *Ibid.*, p. 101.

ser sorprendente que en el momento mismo del crimen, o mejor, minutos antes de cometerlo, en conversación con la víctima, Rodión recuerde su pobreza; al preguntarle la vieja usurera por su palidez, él señala que está enfermo y que no tiene qué comer. La idea de pobreza está presente en su mente y él, cuando puede, hace mención de ella, se presenta ante todo como “pobre”, como “hambriento”.

Resulta igualmente significativo el que pudiendo trabajar para mejorar su situación, Raskolnikof no lo haga. En vez de dar lecciones con las que obtendría algo de dinero, se tumba en su asqueroso cuarto a rabiar, a planear un crimen con el que saldrá de pobre. A la criada de la pensión le manifiesta abiertamente que no quiere ser profesor, pues se gana poco en ese trabajo. En ningún momento quiere colocarse en posición de espera, no quiere someterse al principio de la realidad que le señala la vía del estudio y del trabajo como posibilidades para mejorar su situación; el sacrificarse ahora para luego saborear la prosperidad económica es algo que no admite. No, él no está dispuesto al sacrificio, a la renuncia, está harto de la pobreza, de la estrechez económica, no soporta más la situación. A Sonia, su pobre y sacrificada amiga, se lo dice así: “...antes te dije que me había visto obligado a dejar de ir a la universidad. Pues bien; quizás hubiera podido seguir mis estudios. Mi madre habría pagado mis matrículas; con mi trabajo habría yo ganado lo preciso para comer y vestir. Pero me hallaba exasperado y no quise trabajar. “*¡Exasperado, sí!* Y entonces me encerré en mi habitación como la araña en su tela. Tú conoces aquel tabuco, has estado en él... ¿sabes, Sonia, que el alma se ahoga en las habitaciones estrechas y bajas? ¡Ah, qué odio me inspiraba aquel cuchitril!...”⁶.

Al parecer, ha llegado un momento en la vida de Raskolnikof, en el que la pobreza se le hace insoportable, quiere satisfacciones inmediatas,

6. *Ibid.*, p. 351.

reclama para sí aquello a lo que cree tener derecho, pero lo requiere rápidamente, a sus veintitrés años, sin trabajar, sin estudiar, exige lo que le pertenece. A propósito de esto, veamos lo que profiere en uno de sus tantos monólogos. Pensando en que los socialistas son aquellos que “se ocupan de la dicha común”, habla sobre sí mismo así: “...¡No!, sólo tengo una dicha; no quiero esperar “la dicha universal”. Quiero vivir para mí mismo; de otro modo, preferible es no existir. No quiero pasar la vida junto a una madre hambrienta guardando mi dinero en mi bolsillo, bajo pretexto de que llegará el día en que todo el mundo será feliz. “Traigo —se dice— mi piedra al edificio universal, y, esto basta para que mi corazón esté tranquilo”. “¡Ja, ja! ¿Por qué pues, me habéis olvidado? Puesto que yo sólo he de vivir cierto tiempo, quiero en seguida la parte de dicha que me toca...”⁷.

Mejor no podría hablar nuestro protagonista, quien se muestra aquí como una verdadera “excepción”. El tiempo apremia, la vida es rápida y él necesita saborear con urgencia los goces terrenos, no le interesa la dicha de los otros, quiere lo suyo ya, no más esperas ni sacrificios.

Ahora bien, aunque en otra oportunidad va a decirle a Sonia que el dinero no fue el “principal móvil” de su crimen, hay un momento en el que lo confiesa abiertamente, después de describirle su miseria y la de su familia y lo que hubieran tenido que esperar en caso de haber continuado sus estudios, en fin, contemplando un panorama tan negro, dice: “Pues bien... en esa situación, me dije que con el dinero de la vieja dejaría yo de ser una carga para mi madre, volvería a entrar en la universidad y aseguraría mi porvenir...”⁸. La pobreza es señalada aquí de manera clara como la fuente del crimen.

En el epílogo del libro, nuevamente se menciona la pobreza, señalándola como causa del

7. *Ibid.*, p. 247.

8. *Ibid.*, p. 350.

delito cometido: "...interrogado sobre los motivos que le indujeron a cometer el crimen, declaró con brutal franqueza que a ello le había llevado la miseria; con la suma que esperaba encontrar en la casa de la vieja pensaba asegurar sus primeros pasos en la vida; su carácter ligero y relajado, agriado por las privaciones y los reve-ses, había hecho de él un asesino".⁹

De otro lado, pueden señalarse una serie de ideas y sentimientos frente al hombre y a sí mismo que acompañan a nuestro héroe. Por ejemplo, hay en él una tendencia a creer que a ciertos hombres les está permitido todo, que basta con ser astutos, con usar su inteligencia para llegar a ser "amos" de los demás; son hombres diferentes que se hacen sentir, que se ubican por encima de los demás. A Sonia, se lo expresa así: "...Ahora sé, Sonia, que el amo entre todos, es el que posee una inteligencia superior! El que se atreve mucho es el que para los demás tiene la razón. ¡El que los desafía y los desprecia les impone respeto! ¡Esto ha sido siempre así, y así será siempre! Sería necesario estar ciego para no darse cuenta de ello"¹⁰.

Rodión está convencido de que la naturaleza ha dividido a los hombres en dos grupos: "ordinarios" y "extraordinarios"; sobre este tema publica un polémico artículo que luego será motivo de discusión con el taladrante juez de instrucción del distrito, Porfirio Petrovich.

En uno de sus encuentros, el artículo es mencionado, teniendo Raskolnikof la oportunidad de hacer un intento de defensa de su teoría ante el juez, que supuestamente había malinterpretado la esencia de su texto. A lo largo de la conversación, puede verse claramente el apuro de Raskolnikof ante las incisivas objeciones de Porfirio, quien parece leer los más ocultos pensamientos e intenciones del articulista.

9. *Ibid.*, p. 429.

10. *Ibid.*, p. 352.

La idea básica del texto es la división, supuestamente natural, de los hombres en dos bandos, cada uno con sus roles bien definidos. Para Rodión, la categoría inferior, la de los hombres "ordinarios", está compuesta por aquellos seres cuya única misión es la reproducción de la especie. Según el autor, a esta categoría "...pertene-cen en general los conservadores: los hombres ordenados, que viven en la obediencia y que la aman. En mi concepto, hasta están obligados a obedecer, porque tal es su destino y porque la cosa nada tiene de humillante para ellos".¹¹

Según esto, tal grupo estaría conformado por el común de la gente, por esa gran mayoría que no trasciende con sus ideas, que no deja huella, que no hace historia.

La categoría superior, los "extraordinarios", tiene en sus filas a aquellos hombres poseedores de talento, que hacen aportes a la humanidad. Según Raskolnikof, este grupo "se compone exclusivamente de hombres que violan la ley y tienden, según sus medios, a violarla. Sus crímenes son, naturalmente, relativos y de una gravedad variable. La mayoría reclaman la destrucción de lo que existe, en nombre de lo que debe existir. Pero si por su idea, deben verter sangre, avanzar entre cadáveres, pueden en conciencia hacer lo uno y lo otro, "en interés de su idea"; fíjase bien en esto"¹².

Raskolnikof ubica entre este segundo grupo de hombres, a personajes como Kepler, Newton, Licurgo, Solón, Mahoma, Napoleón, entre otros, todos ellos, verdaderos revolucionarios que impulsieron sus propias ideas, derrocando viejas concepciones, en una lucha a muerte contra lo establecido; nuestro personaje no duda en señalarlos a todos como "criminales" y "sanguinarios", que en aras de la realización de sus ideas, no retrocedieron ante la sangre y la muerte ajena.

11. *Ibid.*, p. 233.

12. *Ibid.*, p. 233.

Este derecho a matar, es un derecho enarbolado por ellos mismos, autoconcedido y ejercido a partir de su voluntad, de su deseo de dominar.

Luego de la exposición de su teoría, en un momento de la conversación, Raskolnikof es sorprendido por la pregunta del juez de instrucción, acerca de si él mismo se consideraba un hombre "extraordinario", ante lo cual, nuestro protagonista responde diciendo simplemente: "es muy posible"¹³, expresión que en tal contexto, parece afirmar, aumentando las sospechas del juez sobre Rodión, en lo referente al asesinato de la vieja usurera.

Lo anterior no es nuevo, pues, ya en la segunda página del libro, Raskolnikof había expresado que el hombre puede tenerlo todo, que si no consigue lo que desea, es por su cobardía. Él mismo se va a incluir entre estos hombres excepcionales que quieren triunfar, dominar, él mismo ha creído siempre que todo le estaba permitido, incluso, que le estaba permitido más que a los otros. Él siempre quiso más, era un hombre ambicioso, que no se conformaba con lo que llamaba "una existencia pura y simple", no, él aspiraba a poseer otras cosas, a ser reconocido, a sobresalir.

En esta misma dirección, podríamos decir que parece haber una identificación de Raskolnikof con Napoleón, personaje al que admira profundamente y menciona varias veces, colocándolo como ejemplo de hombre dominador, triunfador, a quien todo le está permitido. Así lo expresa: "—¡No!, las personas no están del mismo modo constituidas: el verdadero *dominador*, a quien todo le está permitido, bombardea a Tolón, asuela a París, *olvida* un ejército en Egipto, pierde medio millón de hombres en la campaña de Moscú, escapa por milagro en Vilna, gracias a un *quid pro quo*. Y después de su muerte se le erigen estatuas... señal de que *todo* le está permiti-

13. *Ibid.*, p. 237.

do. ¡No!, tales hombres no están hechos de carne, sino forjados en bronce"¹⁴.

Rodión admira profundamente a Napoleón, es este un personaje histórico que le presta rasgos de su carácter, que le muestra momentos de su existencia en los que ha triunfado, para que Raskolnikof lo imite, se compare con él, quiera tener esa fuerza arrolladora para llevar hasta las últimas consecuencias ese "todo me está permitido", y sea capaz de confesarle a Sonia: "—Quise ser un héroe, un Napoleón: he ahí por qué maté"¹⁵. Ante el asombro de su amiga, Rodión explica mejor esta identificación con el emperador francés: "—El hecho es que un día me hice esta pregunta: "Si Napoleón, se hubiera hallado en mi situación; si para comenzar su carrera no hubiera contado con Tolón, ni con Egipto, ni con el paso de Mont Blanc; si en lugar de todas estas hazañas, se hubiera hallado en presencia de un crimen, de un asesinato que cometer para asegurar su porvenir, ¿le habría repugnado la idea de asesinar a una vieja y robarle tres mil rublos? ¿se hubiera dicho que semejante acción era deshonorosa y demasiado... criminal?". Mucho atormenté mi cerebro con esta pregunta y no pude menos que experimentar un sentimiento de vergüenza cuando por fin reconocí que no sólo Napoleón no habría vacilado, sino que ni aun habría comprendido la posibilidad de la duda. Viendo que no tenía otro remedio, no se hubiera hecho el melindroso y habría ido adelante sin el menor escrúpulo. Desde aquel momento, ninguna razón había para que yo vacilara: ¡Me amparaba en la autoridad de Napoleón...!"¹⁶.

Aunque extensa, nos hemos permitido transcribir la cita completa, ya que una mejor descripción de la situación no podríamos encontrar. Rodión no vacila en medirse con el mismo rase-ro de Napoleón, quien había llegado lejos gra-

14. *Ibid.*, p. 246.

15. *Ibid.*, p. 349.

16. *Ibid.*, pp. 349-350.

cias a sus triunfos bélicos, para lo cual se le hizo necesario pasar por encima de ciudades y personas, no teniendo consideración por nadie. Igualmente, para su pensamiento febril, era claro que el mismo Napoleón hubiera degollado cualquier vieja, si esto fuera necesario a sus propósitos. Napoleón, una “excepción” también, no desfallecería ante algo tan trivial como lo esbozado; él, Rodión, por supuesto no iba a ser inferior a su héroe, se amparaba en su imagen, Napoleón era su espejo.

La figura de Napoleón ha dado más claridad a nuestra hipótesis, ya que amplía la visión que teníamos del personaje. Aventurándonos en nuestros juicios, y siguiendo un poco lo que dice Freud sobre lo implícito que hay en la obra literaria, sobre aquello que el poeta no dice y que nos corresponde completar, diríamos, parodiándolo cuando habla de Ricardo III, que muy bien nuestro héroe pudo pensar así: **“El destino ha cometido una grave injusticia conmigo al hacerme nacer en un hogar pobre; la vida me debe una retribución que yo me tomaré. Tengo derecho a ser una excepción, a pasar por encima de las razones que frenan a otros. Todo me está permitido. Como un Napoleón, pasaré por encima de quien sea para lograr lo que deseo”**.

Esta fuerte identificación con el emperador francés que hemos señalado, no puede traducirse, de ninguna manera, en que Rodión se “creyera” Napoleón. No, él no se autoproclamaba Napoleón, sólo quería ser un héroe, ser como Napoleón, pero no llegó a serlo, no pudo imitar fielmente su imagen, no logró su hazaña, lo cual será una carga tremenda para él y un golpe a su narcisismo.

Ahora bien, vimos que Rodión consideraba que a ciertos individuos les está permitido todo, que son dominadores, valientes, pues bien, hay un punto de la obra en el que le confiesa a Sonia que el dinero no fue el “principal móvil” del asesinato, que otra razón lo empujó a tal acto; tal

razón no era otra que la de saber si él pertenecía al grupo de los fuertes, de los que todo les está permitido, o al de los cobardes, conformistas y débiles. Esta confesión no se contradice con nuestra hipótesis. Raskolnikof sigue siendo el pobre, ofendido contra el destino, que mide sus fuerzas frente a una dura realidad. Él, hombre inteligente, parece intuir en ocasiones su propio Waterloo.

Tan “excepción” se consideraba nuestro personaje, tan convencido estaba de su derecho ilimitado, que nunca se arrepiente verdadera, profundamente de haber cometido el crimen. Muchas veces lo niega, en el sentido en que le quita magnitud al asunto y dice que mató a un “bicho”, a un “reptil”, otras, aunque reconoce haber “infringido la ley”, siempre contraargumenta restándole importancia a su acto, señalando que otros también lo han hecho.

En general, puede verse cómo Raskolnikof no siente una verdadera culpa, no se entregó a la justicia por una profunda culpabilidad que lo atormentara, sino, como él mismo lo confiesa, simplemente representó la “comedia del arrepentimiento”.

Era para él algo tan natural el creer que tenía derecho a todo, que el crimen se minimiza ante sus ojos. Lo que le atormenta profundamente es la conciencia de haber fracasado. Los primeros días en prisión son difíciles; él, que se considera diferente a los demás presos, tiene que aceptar estar allí; él, un hombre que aspiraba a ser como Napoleón, se ve condenado en Siberia, mezclado con todo tipo de sujetos vulgares, mil veces más asesinos que él. El fracaso había abierto una profunda herida narcisista en Rodión, cuyo dolor era insoportable. Había caído demasiado bajo, no por criminal, sino por fracasado: “Así, no se acusaba más que de una culpa: la de haber sido débil, la de haber ido a delatarse”¹⁷.

17. *Ibid.*, p. 436.

También se atormentaba pensando en el “¿Por qué no se había suicidado?”. Es posible que con el suicidio se hubiera igualado un poco a Napoleón, el acto de matarse habría sido un acto grande, digno de un hombre excepcional. Consideraba igualmente, que había sido un error el delatarse, que había sido un cobarde, que era, a fin de cuentas, un fracasado.

Raskolnikof es así, una “excepción” que se desmorona, que termina por caer aplastada bajo el peso de su propia imagen. Él, que había publicado un artículo en el que hablaba de los seres “extraordinarios”, un grupo selecto de hombres que está en el polo opuesto al de los “ordinarios”, había terminado en prisión, arrastrado y humillado ante un sistema de justicia cruel. Sus aires napoleónicos se estaban esfumando, seguir pensando igual era una locura, la locura. A Raskolnikof no parece quedarle sino un camino, evadiendo el derrumbe final en la locura o el suicidio. Este camino es el *amor*, el “gran pedagogo” según Freud. El amor permite a Raskolnikof dar una gran vuelta sobre sí mismo, vuelta que paradójicamente lo sitúa en el principio de la realidad y le abre la posibilidad del futuro. Sonia se constituye para Rodión en ese “otro eficaz” ante el cual deponen sus deseos ilimitados, ante quien de manera humilde, renuncia, deja caer el orgullo, en una palabra, ante quien se humaniza. Freud lo dice así: “...junto al apremio de la vida, es el amor el gran pedagogo, y el hombre inacabado es movido por el amor de quienes le son más próximos a tener en cuenta los mandamientos del apremio y a ahorrarse los castigos de su trasgresión”¹⁸.

Al final de la obra, Raskolnikof parece haber abandonado su posición de “excepción”. Ahora, al igual que su amigo Razumikin, es capaz de mirar a una mujer, de pensar en ella, de hacer planes, de esperar. Él, a quien su madre y muchos otros creyeron sabio, a quien Catalina y otros

18. Freud, Sigmund. Op. Cit., p. 319.

creyeron noble, a quien Porfirio Petrovich creyó asesino, es ahora un hombre enamorado, un hombre que guarda bajo la almohada los evangelios, un hombre que se somete a la justicia, que obedece, un hombre, según su propia descripción, “ordinario”, que al igual que sus compañeros de prisión, trabaja, esperando pacientemente el día en que llegue la libertad, para continuar luchando en una realidad que de ninguna manera será fácil, que nunca fue fácil.

De los ideales napoleónicos parece haber pasado a los ideales del cristianismo. Su amiga Sonia, mujer sumisa, sacrificada y creyente, se encuentra a su lado facilitándole tal vuelta. Nos atrevemos a formular que a falta de una imagen paterna con la cual identificarse, Raskolnikof vuelve su mirada hacia ese padre bondadoso del evangelio, del que otras veces ha dudado, poniéndose ante él como un “pobre” hombre que acepta sus designios, como un hijo que reconoce sus limitaciones. Sonia es ese gran puente que permite el retorno de Rodión, al padre celestial de su infancia, ese dios preocupado por sus hijos, quien devuelve la vida a Lázaro, en un pasaje bíblico que Rodión, en un capítulo de la obra, obliga a Sonia a leer en voz alta.

Al respecto, resulta conveniente señalar, que el padre de Raskolnikof es una figura diluida a lo largo de la obra, un personaje que aparece una sola vez, a propósito de un sueño de dolor y de muerte. En ningún momento, la figura del padre de Rodión, parece ser el norte hacia el cual dirige su mirada, no se muestra nunca como ese padre idealizado a quien el niño engrandece, admira, y, de paso, desea imitar. No, su padre parece caer en esa categoría de seres destinados únicamente a perpetuar la especie, que Rodión tanto desprecia.

Vale la pena detenernos un poco en este sueño, única oportunidad en la que se esboza la existencia del padre de nuestro héroe.

En el sueño, Rodión aparece como un niño indefenso que presencia una aterradora escena

en la que se tortura y da muerte a una yegua. Su padre es otro espectador más, quien a pesar del atroz espectáculo, no es capaz de alejar al niño del sitio, ni de retenerlo a su lado, ya que en un determinado momento, el pequeño se le escapa, para entrar a tomar parte en la escena misma, lanzándose a besar desesperadamente al animal que ya está muerto.

Los personajes que intervienen en el sueño, son en su mayoría, sino todos, personas “ordinarias”, hombres y mujeres del pueblo que gozan del espectáculo ofrecido, que contribuyen a que éste se mantenga. El padre de Rodión permanece oculto entre la multitud y sólo reaparece en el último minuto para convidar a su hijo a casa. El sueño termina abruptamente y la pregunta del niño sobre el porqué han matado al animal, queda sin responder.

El sueño encierra elementos valiosos que nos permiten una mejor visión del protagonista y sus acciones. Así, podríamos señalar una relación entre el sueño y su acción posterior, el crimen. Raskolnikof es un hombre que asesina a una mujer a punta de hachazos, que se ingenia un dispositivo para cargar el arma tomada sin consentimiento. En su horrible sueño, un hombre mata a una yegua utilizando una varilla de hierro, pero durante la escena del sueño, una voz entre la multitud, grita, sugiriendo al brutal asesino, “¡que tome un hacha!”, cosa que realmente hace Rodión después, en la escena del crimen, con la diferencia de que en ésta no hay espectadores, no caben los espectadores. Del niño horrorizado en el sueño, hemos pasado al joven estudiante que de manera fría empuña el hacha descargándola contra

la vieja, tan indefensa en ese momento, como lo era la yegua en el sueño. Rodión, el criminal, parece identificarse con el criminal hombre de su sueño y con todos los brutales individuos que veía en su infancia azotando las bestias, en escenas intolerables para él, visiones desgarradoras a las que su madre ponía fin alejándolo de la ventana. Él, al momento del crimen, ha pasado a ser Nikolka, el aldeano rudo y despiadado que goza hiriendo y matando al animal.

Su padre, espectador pasivo en el sueño, continúa siéndolo años más tarde en la mente de Rodión. Durante el sueño, no levanta la voz, no protesta, no censura, no recrimina la acción despiadada del hombre; ni antes, ni después del crimen deja oír su voz en la conciencia de Rodión señalándole lo reprochable de su acción, acusándolo, recordándole la prohibición de matar.

El padre del protagonista, es definitivamente un padre ausente. Rodión parece ser pobre de riquezas y de padre, doble falta que lo coloca en una posición particular; es como si a lo largo de la obra, hubiera querido decirnos: “sin dinero y sin padre, todo me está permitido”.

Al final del texto, Raskolnikof parece reconciliarse con ese dios de los primeros años, de cuya existencia y bondad llegó a dudar en sus momentos de lucha interior. En su estado de profundo enamoramiento, Rodión hace suyas las “convicciones” de Sonia, que no son otras que las fuertes creencias religiosas cristianas. Es probable que por esta vía se encuentre cara a cara con la culpa, hecho que quizás le permita asumirse como un hombre “ordinario” en el pleno sentido de la palabra.

